Belleza Salvaje

Anna Marie McLemore

Traducción: Mirta Rosenberg y Gastón Navarro

DESTINO

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – Argentina

Título original: *Wild Beauty*

© 2017 Anna-Marie McLemore
Derechos de traducción acordados con Taryn Fagerness Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.- Buenos Aires

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en Argentina: abril de 2018
ISBN: 978-950-732-412-3

Primera edición en formato epub en México: mayo de 2018
ISBN: 978-607-07-4878-3

Primera edición impresa en México: mayo de 2018
ISBN: 978-607-07-4852-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México –*Printed in Mexico*

Para las mujeres de mi familia,
para todas las mujeres que mantienen la llama de sus familias,
para las jóvenes que se convirtieron en mis hermanas,
para todas las chicas de corazones incomprendidos.

Si miras en la dirección correcta, puedes ver
que el mundo entero es un jardín.

FRANCES HODGSON BURNETT

Quiero hacer contigo
lo que la primavera hace con los cerezos.

PABLO NERUDA

UNO

Más tarde, le echarían la culpa de lo ocurrido a los caballitos de madera.

Estrella los había encontrado cuando tenía cinco años, todo el conjunto cubierto de polvo y olvidado en un estante alto. Eran suficientemente pequeños para acomodarse en sus manos, con alas de madera tallada que brotaban de sus lomos pintados.

Nadie pudo decirle de dónde habían salido esos caballitos, o a quién pertenecían. Estrella tomó el encogimiento de hombros de su madre como una autorización para apropiárselos. Les quitó el polvo, los alineó por colores, sus alas abiertas y extendidas como versiones más recias de las libélulas. En la noche, los contaba como si fueran ovejas. Los hacía trotar sobre su colcha como si los pliegues fueran colinas.

Ahora, once años más tarde, eran más hechizos que juguetes. Cuando no podía dormir, recorría sus alas con los dedos como lo hacía su abuela con las cuentas del rosario. Y esta noche, yacía en la oscuridad, haciendo girar cada uno en sus manos, tratando de ignorar esos cientos de flores de borraja azules que habían brotado del techo de su habitación.

Del otro lado de la puerta, escuchó a sus primas, que conversaban. Lo que fuera que estuvieran susurrando era suficientemente interesante para mantenerlas despiertas; todas estaban agotadas del trabajo. Hoy habían acabado de lograr que La Pradera cobrara todo su esplendor primaveral. Los jardines estaban colmados de azucenas y lirios. Las campanillas cubrían las pérgolas. Los árboles en flor flotaban entre nubes de lilas y mimosas.

Habría más trabajo, por supuesto. En La Pradera, siempre había trabajo. Mantener los jardines de bulbos, impedir que los bordes crecieran en exceso, llenando los canteros. Pero el trabajo duro que tenían cada primavera no era igual, despertar el suelo de los meses fríos, hundiendo sus dedos en la tierra dura. Sus manos estaban en carne viva de tanto excavar. Habían plantado flores nuevas tantas veces que las medialunas de tierra bajo sus uñas parecían parte de su piel.

Cada primavera parecía que todas ellas, no sólo los jardines, regresaban a la vida. Se pasaban los inviernos plantando sus flores en macetas de cerámica que guardaban dentro de la casa, o arrancando rosas nevadas de retazos de tierra suave donde podían crecer. Pero ahora, toda La Pradera era de ellas. Tenían cada acre para dejar brotar los capullos que habían esperado en sus manos durante todo el invierno.

Estrella miró el techo, todas esas flores estrelladas, que trepaban sobre las vigas. Ahora que la estación ya era más cálida, había esperado que pudieran brotar, darle a la tierra todas las flores que había en ella. Pero esto todavía ocurría, la borraja pintaba el espacio sobre su cama de color azul, sin importar la estación.

Dejó los caballitos sobre su colcha y encontró a sus cuatro primas en el vestíbulo, todas ellas mirando una de las zapatillas de ballet de Azalea. Estrella no supo por qué hasta que miró más de cerca y descubrió las tres letras que Azalea había escrito sobre la

tela, donde la escritura seguiría la curva inferior del hueso de su tobillo.

Bay. Esas tres letras eran tan condenatorias como la confesión a un sacerdote.

Todas corrieron al cuarto de Azalea, mientras Azalea las seguía, protestando. Ahora que sabían qué buscar, encontraron las mismas tres letras en sus diarios encuadernados en tela. En sus libros, como si no le pertenecieran a ella sino a ese nombre que había escrito en la primera página. En el pálido satén interior de una gargantilla de terciopelo.

Después, nada pudo detenerlas. Inspeccionaron los cuartos de cada una de la misma manera en que sus madres buscaban botellas de licor de violetas o la lencería oscura que supuestamente no podían usar hasta que no fueran mayores. En el cuarto de Gloria, encontraron la foto arrugada que había apretado contra el fondo del cajón del medio. El reverso parecía pintado con esponja en el clarísimo rosado y coral de sus lápices de labios, las débiles huellas de los cientos de veces que Gloria había besado el reverso del retrato.

La madera de tejo, guardada en el armario de Cala, contaba la misma historia. Bay, la chica a la que pertenecían esas tres letras y el rostro de la fotografía, le había estado enseñando cómo tallar su propio arco. Las dos habían estado puliendo juntas la madera, alisándola en las últimas horas de luz, antes de la cena.

Azalea miró a Estrella, instándola a que fuera la que confesara a continuación.

Su mirada feroz le recordó a Estrella la historia que ninguna de ellas había contado nunca. Cómo Estrella había besado una vez a Bay bajo los árboles en flor, cómo Azalea las había visto y esa noche la había perseguido como un lince. Cada una se había aferrado al pelo de la otra, hasta que Gloria las separó, preguntando qué era lo que estaba ocurriendo. Ambas habían intercambiado miradas,

con el entendimiento de que no dirían la verdad y que más bien inventarían alguna mentira sobre un vestido tomado sin permiso.

Ahora Azalea parecía dispuesta a volver a jalar el pelo de Estrella. Debía haber supuesto que Estrella había superado ese pequeño y feroz amor que la había hecho besar a Bay bajo las mimosas. Estrella había pensado lo mismo sobre Azalea. Había visto a su prima coquetear con las jóvenes esposas que se aburrían en las fiestas de La Pradera mientras sus esposos hablaban de negocios que, según creían, sus esposas eran incapaces de entender.

Pero Azalea había sido atrapada, y esa mirada feroz era su manera de decirle a Estrella que, si no confesaba, Azalea lo haría por ella.

Entonces Estrella abrió su alhajero ante sus primas, mostrándoles la colección de gruesas cintas trenzadas como un nido. Todas eran cintas de satén que habían caído del cabello de Bay durante las fiestas de verano y los bailes de invierno de La Pradera. Cuando una cinta se soltaba de la trenza francesa de Bay, sin que esta lo advirtiera, Estrella la recogía del patio de losas antes de que la pisaran.

Los ojos de Gloria se dirigieron hacia arriba, donde el denso manto de campanillas azules revestía el cielorraso como un prado. Su mirada hizo que las demás la siguieran.

Cada capullo de cinco puntas era del azul claro y profundo de una nueva noche, mientras que las enredaderas centelleaban de color verde mar, entre las flores.

Dalia meneó la cabeza en dirección a Estrella, no por desilusión, sino como manifestación de simpatía. Gloria le ofreció una sonrisita, amable y triste, como si Estrella fuera una niña a la que todas cuidaban. Como si Estrella, no Cala, fuera la menor de las chicas Nomeolvides.

Cala, por su parte, estudió las flores, preguntándose si Estrella recordaba lo que había soñado esta vez, mientras las estrellas azules se abrían sobre su cama.

—No —dijo Estrella, lo mismo que decía cada vez que Cala le preguntaba.

Cala exhaló un zumbido de desaprobación, parecía un médico a quien se le hubiera negado la satisfacción de hacer un diagnóstico.

Azalea se estremeció, como lo hacía cada vez que Estrella hacía crecer un cielo oscuro sobre su cama. Estrella no se lo tomaba como algo personal; Azalea tenía en su corazón más supersticiones de las que estaba dispuesta a admitir. Era eso lo que le preocupaba a Estrella, su rostro intranquilo, como si fuera una criatura que sufría terrores nocturnos. El resto de ellas arrancaba flores de la tierra y de las pérgolas de madera sólo cuando lo deseaban, no cuando el sueño las hacía florecer de las vigas.

Azalea alejó sus ojos del cielorraso. Asintió ante el alhajero de Estrella, esos nidos de cintas, satisfecha por no tener que revelar los secretos de Estrella en su lugar.

Dalia era suficientemente lista para no conservar ninguna prueba. Pero sus primas lo advirtieron en cuanto vieron que sus mejillas se sonrojaban. Dalia también se había enamorado un poco de Bay Briar. De la risa de Bay, temeraria como la de cualquier chico. De la manera en que se vestía como un personaje de algunas de las viejas novelas de Gloria. Pantalones de satén a la rodilla, abrigo apretado, medias de color marfil. En cualquier otra, hubiera sido un disfraz. En Bay, parecía tan común como su fino cabello de color paja, como si hubiera nacido con un chaleco.

Las cinco chicas Nomeolvides amaban a Bay Briar. No coqueteaban con ella para molestar a sus madres y abuelas. No la admiraban como si fuera un ornamento que se movía por los jardines de La Pradera. No estaban encaprichadas con ella tan sólo porque estaba allí.

Todas se habían enamorado de ella.De la manera en que podía vencer a las amigas de su abuela en los juegos de cartas, provo-

cando sus carcajadas roncas por el tabaco cuando embolsaba su dinero. De la manera en que mezclaba y bebía el vino tinto en las fiestas de La Pradera. (Estrella y sus primas sólo robaban botellas y se las pasaban detrás de los setos, viendo lo rápido que las hacía sentirse abrigadas).

De pie en el vestíbulo oscuro, no tardaron en entender el significado de todo eso, el amor que todas ellas sentían por una chica llamada Bay Briar.

Porque desde tiempos inmemoriales, mucho antes de que las mujeres Nomeolvides vivieran en La Pradera, cada una había tenido cinco hijas. Sólo hijas, siempre cinco, como los pétalos de un nomeolvides. Y desde siempre, La Pradera había lanzado su maldición sobre ellas, como una escarcha mortífera: cada generación de cinco hijas había quedado atrapada en esos jardines, como si sus corazones estuvieran sepultados en la tierra.

Pero Estrella y sus primas no podrían tener cinco hijas si todas ellas estaban enamoradas de una mujer.

Si todas ellas amaban a Bay Briar, si todas estaban demasiado enfermas de amor por ella para dormir con hombres, sus vientres permanecerían tan vacíos como llenos estaban sus corazones.

Podían ser la última generación de chicas Nomeolvides. Las últimas unidas entre sí, como los cinco pétalos de un nomeolvides. Las últimas que no podían abandonar La Pradera, a menos que quisieran morirse, rociando sus almohadas con el polen amargo que tosían desde sus pulmones como si fuera sangre.

Las últimas que verían desparecer a sus amantes.

Entonces el miedo pasó entre ellas.

Nada bueno venía del amor de las mujeres Nomeolvides.

Cinco años antes, el padre de Cala había desaparecido. Y antes que él, el viajante de comercio que había permanecido en La Pradera más tiempo que en cualquier otro lugar, una década, todo

porque se había enamorado de la risa brillante de la abuela Flor. Y antes que él, un hombre que coleccionaba mapas antiguos y que se había convertido en un padre para Gloria más que el hombre que le había dado la mitad de su sangre.

Si el amor de una mujer de esta familia bastaba para hacer desaparecer a su amante, ¿qué podría hacerle a Bay la obsesión de cinco chicas Nomeolvides?

—No —dijeron las cinco al unísono, suaves como murmullos, al pensar en la idea de que Bay desapareciera bajo el peso de su amor conjunto. No Bay, que visitaba la casa de piedra donde vivían todas ellas, llamando a la puerta, haciendo una inclinación y anunciándose como la bastarda Briar, a su servicio. Bay, cuya madre había abandonado a su esposo por el padre de Bay, pero que no se había molestado en llevar con ella a Bay. Bay, cuyo corazón quedó siempre un poco roto pese a la frecuencia con la que su abuela le decía: Bay Briar, librarte de esos dos fue lo mejor que te ocurrió en la vida.

Y ahora que su abuela estaba muerta hacía casi un año, las mujeres Nomeolvides se reunían en torno a Bay como si fuera un frágil huevo. La madre de Estrella y las madres de sus primas invitaban a su mesa a Bay a la hora de comer, esperándola tanto como a sus propias hijas. Cuando Bay estaba enferma, sus abuelas llevaban ollas de pozole de maíz azul colina arriba hasta la casa de ladrillo en la que ahora Bay dormía sola. Le ponían paños húmedos en el cuello, le cambiaban las sábanas empapadas por la fiebre.

Estrella y sus primas veían la frágil pena, el dolor que emanaba Bay como una niebla, y todas ellas deseaban posar sus labios sobre su frente y su cuello para darle calor.

No podían permitir que sus corazones destruyeran a esta joven que todas ellas amaban en secreto.

Entonces Gloria tuvo la idea de las ofrendas. Susurró en el espacio entre ellas:

—¿Por qué no le pedimos… —y en ese punto miró los listones bajo sus pies, como si observara el suelo bajo los cimientos de la casa— que la proteja?

Sus cabezas inclinadas esbozaron un lento gesto de asentimiento, todas ellas aferrándose a esta esperanza.

La única cosa más fuerte que la maldición de su sangre era La Pradera, este mundo floreciente que poseía tan profundamente a las mujeres Nomeolvides, que las mataba cuando intentaban abandonarlo. Si no querían que Bay desapareciera, necesitaban que La Pradera la protegiera. De ellas. Si algo podía salvar a Bay, era la fuerza y voluntad de este lugar. Bay había crecido aquí, igual que ellas. Esta tierra también debía haberse enamorado de sus pasos leves y sus risas melodiosas. Así que le rogarían a La Pradera que le diera a Bay su hechizo contra el veneno de los corazones Nomeolvides.

A cambio, le darían a la tierra todo lo demás que amaban. No sólo la foto que estaba al fondo del cajón de Gloria o las cintas que coleccionaba Estrella. Bajaron los relicarios que admiraban tanto para colgarlos de las paredes en vez de guardarlos en los cajones. Juntaron espejos de cobre y frascos de duraznos que habían preparado para el Domingo de Pascua.

Gloria ofreció sus mejores aretes, de color champaña, burbujas engastadas en los pequeños globos, y su delantal favorito, con holanes en todos los matices del violeta, desde las lilas hasta la mora. Lo había usado tantas veces para guardar pétalos de rosas azucarados que incluso después de lavarlo olía tan dulce como el merengue.

Dalia eligió el mejor perfume de su colección, una pesada botella que tenía aroma a lavanda y madera seca y bergamotas. Después, la rosa de *fondant* que la abuela de Bay había guardado para ella del pastel de una princesa en una fiesta de verano. La había guardado bajo una copa, para que no juntara polvo, y había

permanecido tan intacta como cuando había coronado el *fondant* verde del pastel.

Azalea colaboró con la cuchara con la que comía el postre cada noche, el mango de peltre terminado en una espiral, como la punta rizada de un brote de helecho. Después entregó sus velas favoritas, cuya cera era de un rosa brillante y rojo como las flores que cultivaba.

Cala ofreció los corazones de caramelo que había guardado durante años, esos grandes que tenían en la tienda del pueblo. Había juntado algunos con una sola palabra grabada en el azúcar. *Sueño*. *Miel*. *Verdad*. Después, desprendió las flores de papel de seda que pendían de una línea de pesca en su habitación; las había recogido antes de que las tiraran después de un baile de primavera.

Estrella se separó de su vestido favorito, las capas transparentes de su falda terminaban en punta como los pétalos de la borraja. De su colección de caballitos tallados, de madera y con alas, eligió a su favorito, uno al que le quedaba suficiente color para dejar ver el azul añil con el que lo habían pintado.

Desparramaron los aretes de Gloria y los corazones de caramelo de Cala. Arrojaron el perfume de Dalia en los canteros. En los densos setos, pusieron la rosa de *fondant* y las flores de papel de Cala. Azalea enterró la cuchara de peltre y Estrella plantó el caballito azul añil muy profundo en la tierra, como si fuera un bulbo.

Después fueron hacia el punto más bajo de La Pradera, una oscura laguna en el centro del jardín hundido. El delantal de Gloria y el vestido de Estrella flotaron durante tanto tiempo que todas se estremecieron, los holanes flameaban sin las dos primas adentro. Azalea encendió cada una de sus velas antes de arrojarlas al agua, las llamas titilaron antes de extinguirse.

Más tarde, todas ellas jurarían que habían visto algo brillante en esa agua. Unas huellas de luz que se arremolinaban alrededor

de las cosas que habían ofrendado. Un resplandor que empujaba hacia la superficie el delantal y el vestido. Un eco de las velas que Azalea encendió y luego entregó al agua.

Eso fue lo que las dejó dormir esa noche, este signo de que La Pradera las había escuchado.